

## EL ANILLO DE MOEBIUS \*

Bajo la superficie de temas «mayores», conviene insistir en la idea de que el tema de la violación atraviesa la obra de Cortázar durante la primera mitad de los años setenta. Se detecta en cuentos y poemas, pero también en la novela. Una relectura del *Libro de Manuel* arroja un saldo cuanto menos turbador. Ya hemos visto que Andrés Fava trata allí de llevar hasta el límite sus ansias de revolución sexual, pero invariablemente se topa con las barreras impuestas por la sociedad y por la autorrepresión de sus compañeras de aventura. Pese a ello se resiste a aceptar la derrota y en ocasiones impone su sexualidad por la fuerza. En este sentido resulta demoledora la escena nocturna en que Andrés conduce a Francine a una habitación del hotel Terrass, cuyas ventanas se abren al cementerio de Montmartre. Embriagados por el alcohol y el deseo se abandonan a una noche de Walpurgis que culmina con la violación anal de Francine. Asustada, ella se niega y repite en tono de súplica que se detenga. Pero al igual que en «Verano» el caballo se ha desbocado: ahora las apariencias ceden a un dolor real y fugitivo que, en palabras del autor, «no merecía lástima». Contracciones, resistencias, sacudidas, daños, vergüenza. Andrés Fava va ganando la batalla: «Y algo nuevo nacía en su llanto, el descubrimiento de que no era insoportable, que no la estaba violando aunque se negara y suplicara, que mi placer tenía un límite ahí donde empezaba el suyo y precisamente por eso la obstinación en negármelo, en rabiosamente arrancarse de mí y desmentir lo que estaba sintiendo, la culpa, mamá, tanta hostia, tanta ortodoxia.»

Para los devotos de *Historias de cronopios y de famas* nada puede resultarnos tan violento como la lectura de esos pasajes donde el Gran Cronopio adopta con escalofriante frialdad la voz de los violadores. Pero Cortázar también es eso, también es ése. Por lo menos tiene dos caras, y nos complace mostrar la más oscura porque el deber moral de un biógrafo es ir más lejos que los lectores de a pie. Sí. Nosotros somos los que encendemos las lámparas. Nosotros somos los que intentamos averiguar por qué uno de nuestros ídolos literarios escribe párrafos semejantes, sucios, por qué el narrador se empeña en poseer a sus mujeres al margen de su voluntad, forzándolas, violándolas, destrozándolas sin misericordia. Es cierto que en el capítulo 5 de *Rayuela* Horacio consumó la sodomización de la Maga, pero aquello formaba parte de un ritual lúdico-erótico destinado a encontrar puntos de fuga de la realidad. Y hasta un encuentro con lo sagrado. Pero la conducta abusiva de Andrés Fava se mueve en territorios mucho más sórdidos y bordeando los límites de la ley. Incluso hay una voluntad de justificar lo injustificable, tal como se desprende de estas líneas:

Anoche me preguntaste por qué quería envilecerte y quizá ahora, después de

esa botella, de tu culito irritado y de otras cosas que te acordarás, te sentís como ese trapo al borde del bidé... déjame decir solamente esto, chiquita, no te he envilecido mientras te hacía beber ese coñac y te violaba, no te he envilecido, todo se fue con la ducha, porque es cierto que te violé, chiquita, y también es cierto que lloraste y que después de dormir una hora te despertaste y me trataste de canalla y de sádico y todo eso mientras te enroscabas como una oruguita y hubo que volver a empezar y fue tan diferente

¿Quién habla aquí? ¿Un doble de Cortázar o el protagonista de *El último tango en París*? Quizá no sea casual que la escritura final del *Libro de Manuel* coincida con el rodaje de la legendaria película de Bernardo Bertolucci. Hay ondas mórbidas circulando en el aire parisino, vibraciones que los artistas detectan con sus antenas y les sacuden en lo más hondo. Un copo de mantequilla, un tubo de crema facial, el culo de Maria Schneider, el trasero prieto y blanco de Francine. Pero al final el amante violador experimenta sentimientos de culpa: «Nada cambia, viejo, la mancha negra está ahí aunque pobre chiquita, pobre chiquita mirando el cementerio, qué hijo de puta sos, Andrés Fava, tanta cara o cruz y después el puente de vuelta con ella del brazo y ahí vamos, un día hábil para los dos aunque no quieras.» Estos puentes no son precisamente los que cruzaba con Edith Aron. En la vida de este viejo de aire bondadoso, ya no hay crepúsculos de oro sobre el Sena: hay violaciones con vistas sobre el cementerio de barrio.

Recapitulemos. Durante varios años algunos personajes de Cortázar cometen y padecen violaciones sexuales. Si él había soñado con una profunda revolución que se extendiera también al plano sexual, ha de rendirse a los hechos: no es fácil derribar los antiguos tabúes y el hombre nuevo se ha de conformar con las prácticas de siempre. Entre ellas la fuerza bruta. ¿Por qué? Entre la maraña de testimonios y conjeturas surge una señal que debe ser tenida en cuenta. Según un amigo próximo a Julio: «Al final la rusa no le dejaba coger. Se negaba a todo y eso le dolía y le humillaba.» En tal caso un cuento como «Verano» sería una alegoría transparente de su relación con Karvelis, o quizá el reflejo de un feroz impulso reprimido. Pero en algún momento Cortázar debió de sentir el llamado perentorio de la conciencia. ¿Es pecado lo que se sueña, lo que se escribe, lo que nos llena la mente de fantasías diabólicas? Violación, redención. Este tema será abordado en el escalofriante relato «El anillo de Moebius», otra de sus cumbres que disuade a los cobardes. Es evidente que la persona que escribe este cuento se está enfrentando en él a un hondo dilema personal, comparable a las pesadillas incestuosas y las fobias de su juventud.

«El anillo de Moebius» reconstruye un hecho luctuoso que sucedió en Francia a mediados de los años cincuenta. Una joven inglesa llamada Janet viaja al continente para recorrer en bicicleta los caminos solitarios y frondosos de Aquitania. En el transcurso de sus paseos encuentra a Robert,

un fugitivo que sobrevive en los bosques, quien la viola y la mata. Tras ser detenido, el agresor es juzgado y condenado a la guillotina. Aunque desde un punto de vista literario el cuento es demasiado complejo —basta acercarse al título—, nos remite a la idea de que las cosas trágicas de la vida pudieron haber sido de otra manera. De nuevo el azar, pero en este caso con crimen de por medio.

Sin duda hay aquí una sólida genealogía literaria, desde Dostoievski hasta Camus. Es el aura de fatalidad que la víctima «reconoce», pero que no le impide dejarse atrapar por ella. En cambio en «El anillo de Moebius» la evolución del cuento apunta claramente hacia lo sobrenatural. Mientras Robert aguarda en la celda el día de su ejecución, rememora los pormenores sangrientos de su encuentro con Janet y los transforma en una aventura esencialmente romántica; en paralelo el espíritu de la víctima se mueve en otro plano de la realidad, en una región más líquida, donde también se «plantea» que las cosas tomaron la senda equivocada. Desde esta perspectiva ajena a la temporalidad, ella admite que no habría tenido reparos en entregarse a su asesino: «Deseó otra vez el hangar de otra manera, deseó a Robert que la había llevado a lo que era ahí y ahora, comprendió la insensatez bajo el hangar y deseó a Robert, y en la delicia de la natación entre cristales líquidos o estratos de nubes en la llanura lo llamó, le tendió su cuerpo boca arriba, lo llamó para que consumara de verdad y en el goce la torpe consumación en la paja maloliente del hangar.» Luego la muerta reclama a Robert desde el más allá y él acude a su encuentro ahorcándose en la celda.

Creemos conocer un poco a Cortázar, pero «El anillo de Moebius» aporta nuevos elementos a la comprensión de su figura. Aquí reaparecen algunos de sus grandes temas: el azar, Eros, el cruce de destinos, el suicidio, el otro lado de la puerta; pero son abordados desde una óptica radical que no sólo incorpora elementos como la violación y el asesinato, sino que apuntan a algo de carácter religioso. La redención. A diferencia de otros relatos de corte «metafísico», como «Una flor amarilla» donde también se produce un crimen, aquí ya entra en juego algo que asociamos al cristianismo: la piedad y el perdón. Sólo así podemos aceptar que la víctima de una salvaje violación que le ha llevado a la muerte termine aceptándola a posteriori como una «torpe consumación en la paja maloliente del hangar». Sin embargo es difícil no conmoverse ante el destino funesto de estas dos víctimas que confluye en unas líneas finales con sabor a ola. Una ola de paz: «entrar blandamente en el líquido donde las primeras brazadas eran Janet, entera sintiéndose y sabiéndose Janet, pero allí alguna vez Robert, allí seguramente alguna vez al término del tibio balanceo en olas cristales una mano alcanzaría la mano de Janet, sería al fin la mano de Robert».

Violación, muerte, expiación, salvación. Quince años más tarde el director Lars Von Triers filmó su controvertida *Rompiendo las olas*, una película que sin duda habría interesado mucho a Cortázar. Quizá le habría interesado también compartir nuestro hallazgo, que el tema de la violación se repite en demasiados textos suyos de la época. Insisto, demasiados. Por raro que parezca él no solía ser muy consciente de lo que ocultaban sus cuentos, al menos a la hora de escribirlos. Cuando un crítico reflexionó acerca de la recurrencia del incesto en *Bestiario*, se le hizo la luz y no tuvo reparos en admitir su función terapéutica. Después de todo prefería escribir a sentarse en un diván. ¿Qué habría pensado ahora acerca de esa tendencia reiterativa –los hombres violan, las mujeres aceptan y perdonan al agresor– que le atrapó en el período de su crisis final con Ugné? Meses más tarde hablará de «El anillo de Moebius» con Jaime Alazraki: «Me divertí con tu referencia a la crítica feminista posible sobre la violación, porque ya mi traductora francesa me saltó encima con todas las uñas. Siempre me parecerá una lástima que violar y ser violado no coincida en el plano del placer; pero si fuera así, claro, no habría violación, y es mejor dejar la cosa sin más comentarios.» Silencio, pues. Es posible que Cortázar estuviera derrochando sus mejores energías en la arena política, pero también existía ese pozo de serpientes. Frigidez femenina, lesbianismo, climaterio, violación, asesinato... Más que nunca necesitaba un poco de luz.

(\*) **Capítulo del libro de Miguel Dalmau sobre Julio Cortázar.**